

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA: RETRATISTA DE SU TIEMPO

Concepción Palacín Palacios

RESUMEN

Se recuerda en el presente artículo una propuesta de homenaje al novelista malagueño Salvador González Anaya, de la que se hace participe la autora. Se recrea ésta en el recuerdo de algunas de las obras, de carácter costumbrista, de González Anaya y hace un canto a la libertad de las personas a la hora de elegir su modo de vida y su modo de actuar.

Palabras clave: Andalucía, costumbrismo, Málaga, novela

No podemos hacernos una idea de lo que fue la vida prehistórica sin contemplar las escenas de caza y las danzas rituales de las pinturas rupestres. Ni la del Egipto de la antigüedad sin los dibujos sobre papiro y las escenas pintadas en el interior de las tumbas. Poco sabríamos de Grecia sin su estatuaria y, sobre todo, sin los poemas homéricos *Iliada* y *Odisea*. ¿Cómo conocer la historia de Pompeya y de Roma en general sin las pinturas murales y aquellos avisos en las fachadas que sustituían al periódico?

Pero no sólo hemos de recurrir a las artes plásticas si buscamos información sobre una época más o menos remota. Hay que leer a *Dikens* —*David Coperfield*, *Oliverio Twist*...— si deseamos conocer las injusticias sociales y el maltrato sufrido por la infancia en la Inglaterra victoriana. Molière y Moratín —en *Tartufo*, *El médico a palos*, *El sí de las niñas*...— nos darían pistas para descubrir la farsa oculta bajo los oropeles de finales del siglo XVII y a lo largo de todo el XVIII, consistentes en hipocresía, pedantería y equívoca educación de las mujeres.

Leer a los rusos de la prerrevolución, Tolstoi, Chejov o Garín, nos harán conocer el abismo separador entre boyardos y mujiks desde el agro a la universidad. Y también es imprescindible conocer la novelística del malagueño Salvador González Anaya para tomar conciencia de los vicios que corrompieron la primera parte del siglo XX.

No voy a detenerme en la biografía de don Salvador, pues ya lo hizo en las páginas de *Isla de Arriarán* la incansable Guadalupe Rodríguez Barrionuevo, quien pide sea honrada como se merece la memoria del coterráneo ilustre. Voy a limitarme a recordar unas circunstancias experimentadas por personajes de sus novelas que son otros tantos retratos-denuncia, algo así como esas fotografías que exhiben los familiares de aquellos que sufrieron los horrores de un régimen sanguinario o de una organización terrorista. En dichas circunstancias está retratada la vida malagueña, muy especialmente la de la primera parte del siglo XX, comportamientos que en la actualidad no se explican y que González Anaya dejó bien representados.

Rebelión, primera novela publicada en 1905, nos presenta a una pareja que podríamos llamar perfecta: Leopoldo y Rosario, dos seres buenos y enamorados a los que Dios ha dado la bendición de un hijo, pero a los que la sociedad no acepta por la aplastante razón de que legalmente no están casados. Y no lo están porque Leopoldo sufrió la infidelidad de una esposa adúltera, lo cual le impidió colocar una alianza en la mano de Rosario. Ellos tienen la valentía de dar al mundo un rostro descubierto que recibe la repulsa de vecinos y conocidos, hasta el punto de los severos papás habitantes de la lujosa barriada donde residen vedan a su prole jugar con el pequeño e inocente hijo ilegítimo.

En *Las brujas de la ilusión* podemos conocer a Maruja, madre soltera de una niña que oculta al mundo entero y de la que vive separada porque así lo imponen unas normas sociales. El padre de la niña es un rufián que en el pasado sorprendió su ingenuidad y que en el presente maldito ni se preocupa por ninguna de las dos; mas la vida de señorita decente que ella lleva, pues que la decencia es en realidad algo muy suyo, no permite que nadie se entere de que fue víctima de una mala pasada del destino. Un día, Maruja tiene ocasión de conocer a un hombre cabal, polo opuesto del otro, que pide su mano y la convierte en su esposa, y ni aun con él tiene confianza para romper el secreto de marras, que es algo así como un grave delito. Tiene que ser una frase de esas que salen sin que uno se lo proponga la que le revela al marido la silenciosa culpa. Y así el hombre siente como algo traumatizante el hecho de que su consorte diese antaño el mal paso que dio. Por fortuna, reacciona a tiempo de aceptar que existan en Maruja más virtudes que pecados.

La novelística de González Anaya retrata la vida en diversos puntos de Andalucía, ya sea en el ámbito de una ciudad capital o de su provincia, localidades cual Málaga, Granada, Córdoba, Ronda, Écija... Dentro de la provincia malacitana, el autor eligió la muy noble y leal ciudad de Antequera, tomando el título de la florida vasija que figura en su escudo, para escribir *La jarra de azucenas*.

La protagonista de dicha novela, Asunción, es hija de un noble arruinado a fuerza de aventuras galantes y de despilfarros. La casa donde habitan padre e hija es grande y con dos escudos heráldicos, aunque la falta de cuidados va deteriorándola notablemente. Asunción realiza sin sirvientes las faenas domésticas, pero en modo alguno le viene a las mientes salir a defender un peculio con el que atenuar la penuria económica. Ella no es una *fregatriz* asalariada, ni tampoco una campesina que va a la cogida de la aceituna o una

vulgar muchachita de medio pelo que imparte clases de solfeo o de primeras letras. Es una aristócrata y como tal debe actuar. Por fin, a dos pasos de aceptar las proposiciones matrimoniales de un prestigioso arquitecto recién llegado de Madrid, le llega la noticia de que su pretendiente está, por azares de la existencia, emparentado con gitanos. Así es que Asunción rechaza al galán y se queda para vestir santos, como se denominaba a la soltería femenina. No solían las féminas asistir a exposiciones ni a conferencias, y la que no tenía familia que atender se hacía beata y dedicaba su tiempo y sus afanes a las imágenes religiosas.

Guadalupe Rodríguez Barrionuevo pide un monumento en recuerdo del ilustre novelista y académico, retratista de una época y de una región española, que fue, por añadidura, poseedor de una gran simpatía y sentido del humor. Estoy de completo acuerdo con ella, por lo que le aplaudo uniéndome a su acertada propuesta. Y, ya que hablamos de sentido del humor, referiré algo que pone de relieve junto al humorismo la sinceridad.

Librero, además de autor, don Salvador no antepuso el afán de lucro a la expresión de la verdad. Si alguno de los libros expuestos en los anaqueles de su "Librería Ibérica", una institución en Málaga que muchos recordamos con nostalgia, no alcanzaba la categoría de obra bien escrita, él no tenía reparos en manifestarlo al cliente si éste le solicitaba una opinión. En mi libro *Málaga en su literatura oral* hay un capítulo dedicado a anécdotas, una de las cuales evidencia tanto la honradez profesional como el agudo ingenio del gran malagueño. Es la de la señoritinga que entró en "La Ibérica" para adquirir uno de los muchos librecitos que embobaban a la juventud de aquellos años y que don Salvador, con su amabilidad de siempre, le entregó.

—¿Cuánto vale? — preguntó la damisela.

A lo que respondió:

—Lo que es valer, no vale nada, señorita; pero le cuesta un duro.

En esta respuesta encontramos el retrato hablado de una lacra social: pagar con duros de plata lo que, en justicia, merece ir al cesto de los papeles inútiles o al cubo de la basura.

Reitero mi aplauso a la propuesta de Guadalupe Rodríguez Barrionuevo, que ojalá veamos cuanto antes convertida en una realidad.